

PRÓLOGO

ESTE libro tiene su origen en una ponencia que, sobre el mismo tema, pronuncié en el Congreso de la Sociedad de Estudios Latinos (SELat) celebrado en Toledo en 2012 a invitación de su presidente, mi buen amigo el Prof. don Tomás González Rolán^[1]. Poco a poco, sin prisa pero sin pausa, las fichas tomadas al efecto comenzaron a crecer y crecer hasta convertirse en este grueso volumen. Tal vez sea mi sino escribir espantables mamotretos, mas confieso cariacontecido que no era esa, ni mucho menos, mi primera intención. «Gran libro, gran mal», sentenció Calímaco. Y no le faltaba razón.

Pocas veces me he sentido más inseguro que en la elaboración de este estudio. En ninguna otra ocasión me han asaltado tantas dudas sobre la manera en que había de recoger, estructurar y presentar los datos. Los motivos son obvios. En primer lugar, hace muchos años que he dejado de cultivar la Lingüística, de cuyos métodos más recientes me siento, por fuerza, un tanto alejado. En segundo lugar, no he recibido una formación romanística –la poca que tengo me la he procurado yo mismo *pinguì Minerua*–, por lo que quizás algunos capítulos de esta obra puedan parecer ociosos a un crítico severo. Para colmo, no existe un libro de conjunto sobre la materia tratada, aunque se hayan publicado algunos estudios parciales, excelentes. De entrada, pues, el panorama que se ofrecía ante mi vista era poco alentador. Muchas veces el sentido común me aconsejó renunciar al todo y salir del paso con artículos monográficos sobre este o aquel punto; otras tantas veces me abandonó el sentido común y prevaleció el afán de ofrecer una visión global de la cuestión, en el convencimiento de que solo un filólogo clásico provisto de una buena dosis de audacia podría llevarla a término: una pedantería propia de mi profesión. Pero debo decir, en mi descargo, que

1. Una parte de mi intervención de entonces ha visto la luz: Gil 2015a, 85-99.

siempre tuve la secreta esperanza de que, al final, un romanista viniese a corregir mis defectos, suplir mis carencias y dar la forma final a mi recopilación de datos. Infortunadamente, no pudo ser.

El proyecto se podría haber realizado de dos maneras diferentes: o bien partiendo de los repertorios lexicográficos, o bien realizando una lectura directa de los textos. Como filólogo que pretendo ser, me decidí sin vacilar por la segunda solución, una empresa descabellada. Pero solo así surgieron y tomaron forma problemas que, de otra manera, me hubieran pasado inadvertidos. Ello no quiere decir que no haya consultado los diccionarios a mi alcance; de especial utilidad me han sido los bancos de datos de la RAE; a ellos se hacen las debidas referencias cuando así es menester, y a ellos me remito –y valga la advertencia de aquí en adelante– cuando se cita solo el nombre de un escritor. Reconozco que no me ha preocupado en demasía el problema de fechar con exactitud la primera documentación de un cultismo: su datación estará siempre sujeta a continuas revisiones. Sí he intentado, en cambio, mostrar cómo entraron y cómo funcionaron los helenismos y los latinismos en la literatura castellana.

A este efecto, he buscado, escogido y archivado ejemplos entre una selección de autores, bastante amplia para la Edad Media y en el Siglo de Oro y mucho más reducida para los siglos siguientes. Dado el estado actual de nuestros conocimientos, creo que todavía tiene interés presentar las citas, una precisión que dentro de algunos decenios harán innecesaria los futuros diccionarios electrónicos. Por la misma razón, se han conservado las referencias a las obras francesas e italianas que leí en demanda de términos de comparación y que, en su momento, me parecieron interesantes. Mal no hacen.

Hubiera querido disponer en todo momento de las mejores ediciones para proceder al despojo de datos. Aunque así lo procuré por todos los medios, no siempre me fue posible hacerme con ellas. En los casos más críticos, sin embargo, creo haber despejado toda posible incertidumbre cotejando otras fuentes e incluso acudiendo a los manuscritos en algunos pasajes especialmente difíciles. Algunos textos de Lope los he citado por dos ediciones diferentes; espero y confío que, por este pecado venial, cometido muy al final de la tarea, no frunzan el ceño los Aristarcos.

He procurado no poner acentos a los nombres propios clásicos cuando aparecen en textos medievales en prosa. En algunos casos es segura su acentuación (*Elena*, *Policena*, por ejemplo); en otros, los más, cabe imaginar dónde caía la tilde; pero como nadie puede tener certeza absoluta sobre este particular, me pareció

preferible la abstención por el temor a errar y –lo que es peor– a inducir a error a los lectores.

En comprobar la exactitud del aparato crítico se me ha ido un tiempo considerable –un lujo a estas alturas de la vida–, pero así y todo algún desliz se me habrá colado. Pido perdón por los gazapos que se me hayan podido escapar y por mis demás errores e ingenuidades. Hay una ausencia dolorosa, pero deliberada: falta un estudio de los helenismos adquiridos a través del árabe, una tarea que he descartado de antemano por carecer de toda competencia en ese campo.

Soy plenamente consciente de que es ahora cuando empiezo a saber algo sobre los cultismos. Por tanto, este sería el momento adecuado para emprender *ex novo* la investigación; me faltan, sin embargo, las fuerzas y las ganas. Mi trabajo, con todas sus imperfecciones y lagunas, cumple ya sobradamente con el objetivo que se había propuesto.

Por último, quiero manifestar mi más profundo agradecimiento al Prof. don José Antonio Pascual. Sin su constante ayuda, apoyo y consejos este libro no hubiera llegado a buen puerto; y gracias a él, en fin, ha hallado hospitalaria acogida en las prestigiosas publicaciones de la Universidad de Salamanca y del CILENGUA. La Prof. doña Inés Fernández-Ordóñez ha leído el texto, enriqueciéndolo con muy certeras observaciones y haciéndose también acreedora a mi honda gratitud. El Prof. don Tomás González Rolán ha revisado la introducción histórica, ayudándome a salvar algunas lagunas con su envidiable dominio de la tradición clásica. Otro sabio amigo, el Prof. don Antonio Carreira, ha leído también la primera parte con paciencia benedictina; gracias a su sabiduría y erudición, pasmosas, estas páginas han quedado más libres de erratas... y de errores. Huelga decir que he contado en todo momento con la asistencia de mi hermano Luis, mi mentor y mi guía desde los lejanos tiempos de mi infancia.

Como siempre, he trabajado a mis anchas en la Biblioteca Nacional, una especie de segunda casa casi desde mi adolescencia; pero en este caso debo dar las gracias, ante todo, al eficientísimo personal de la Biblioteca de la RAE, que ha facilitado sobremanera mi labor durante los últimos seis años: a la Directora, doña Rosa Arbolí, a los bibliotecarios, don Manuel José Santos Cobo y doña M^a Paz García Ordóñez, y al personal auxiliar, don José M^a González Quijano y don José Manuel Sánchez de León.

Por fin, he tenido la fortuna de que corrigiera mi original la Dra. doña Isabel de Páiz, del Servicio de Publicaciones de la Universidad de Salamanca, que ha derrochado paciencia, bondad y talento para sacar adelante este volumen. En

la penosa labor de corrección de pruebas me ha prestado inestimable ayuda mi querida discípula, la Prof. doña Emma Falque. En esta ingrata tarea ha colaborado asimismo con gran generosidad mi antiguo alumno el Dr. don Pablo Toribio, hoy investigador del CSIC.

Don Javier Puente ha sabido componer un original muy difícil con destreza y profesionalidad.

Lo verdaderamente admirable es que, a pesar de tantas críticas sagaces y de tan valiosos apoyos, este libro no haya salido mejor. *Quod natura non dat...*

Sanlúcar de Barrameda, 31 de diciembre de 2018